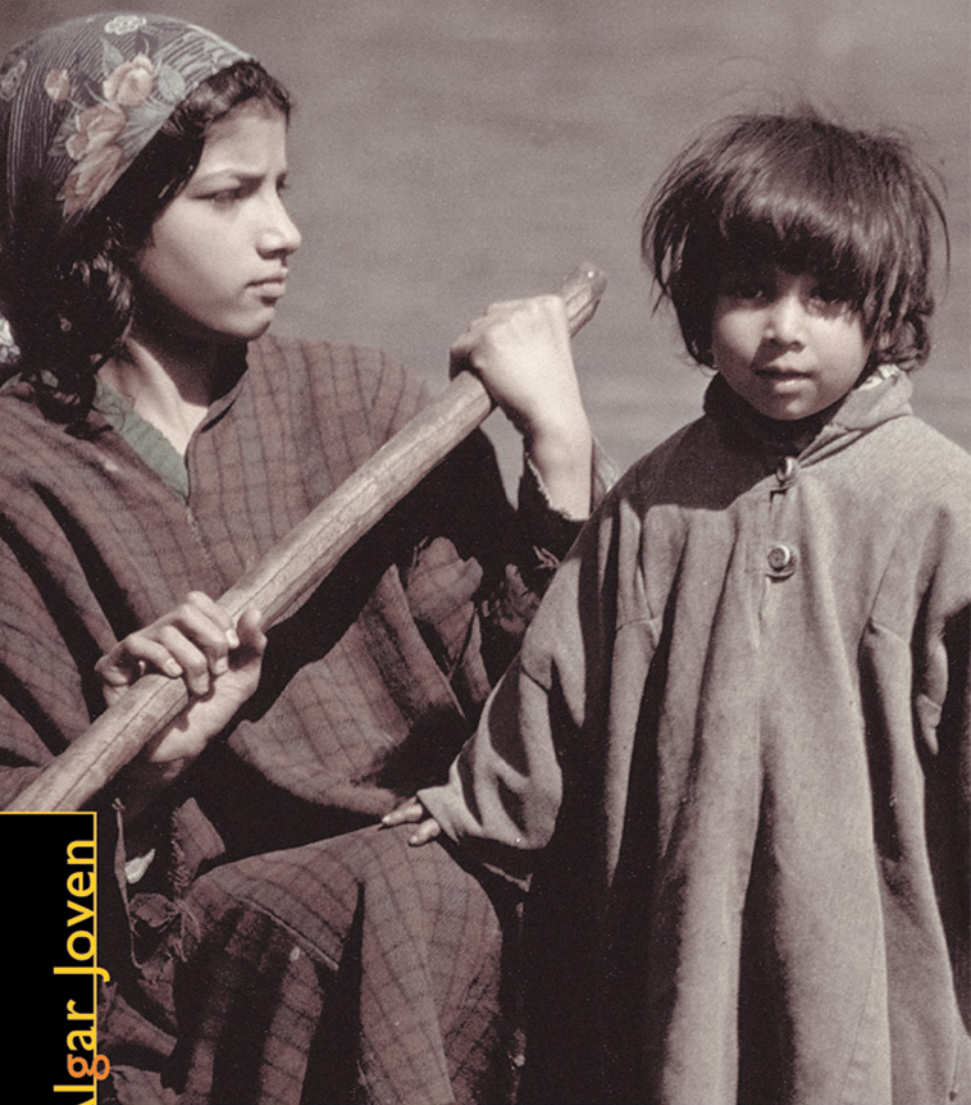


# Un hogar en el mundo

Pepa Guardiola



Algar Joven

Sólo la solidaridad puede salvar el mundo de la miseria

La noche festiva de abril se desgarró de repente. Un estrépito la conmovió desde el asfalto húmedo hasta los neones resplandecientes de las terrazas. Era el ruido angustioso de unas ruedas deslizándose sin control, el gemido de un motor incapaz de detenerse a tiempo, el choque contra el obstáculo inoportuno que se interpuso en el rumbo perdido de un vehículo.

«Alguien ha terminado el viaje antes de tiempo», comenté impresionada a mi amigo Enrique, mientras dejaba el vaso de tónica sobre la mesa y me asomaba al balcón del bar para ver qué pasaba. La misma farola que había interrumpido la carrera desenfrenada de la moto iluminaba la escena del accidente. No llegué a distinguir bien los cuerpos tendidos en el suelo, pero el escalofrío que me estremeció de pies a cabeza fue un claro indicio de que las dos personas que yacían inmóviles tenían mucho que ver conmigo. Me quedé paralizada unos minutos, tan paralizada como aquellos dos cuerpos, sin poder pensar, sin querer dar crédito a la evidencia que me mostraban los gritos de los tres jóvenes, amigos míos, que

habían bajado del coche con el que competía la moto momentos antes.

Cuando las inquietas sirenas de las ambulancias atravesaron el aire de la discoteca y se impusieron a las estridencias musicales durante una milésima de segundo, reaccioné. «¡Son Carmen y Kika! ¡Son ellas!», fue el lamento que se me escapó de la garganta, mientras corría a buscarlas. Llegué en el preciso instante en que cerraban la puerta de una de las ambulancias y en la otra introducían la camilla tapada con una manta manchada de rojo. Por las caras de los enfermeros comprendí que el accidente era muy grave. «¿Por qué?», fue la pregunta que hice entonces.

«¿Por qué?», es la pregunta que me he repetido durante mucho tiempo. Y siempre he encontrado respuestas imprecisas: «Si Kika no hubiera propuesto la carrera, si Carmen no hubiera conducido, si yo hubiera aceptado llevar la moto, si la carretera no hubiera estado mojada por la lluvia, si no hubiéramos salido aquella noche...». Si alguna de estas situaciones no se hubiera producido, quizá ahora continuaríamos las tres juntas y yo no habría sufrido tantas penalidades en este último año y medio, aunque tampoco habría conocido a la persona que, con

sus historias, me hizo ver el mundo de manera diferente.

Al principio, después del accidente, me invadió un sentimiento amargo de incredulidad, desconfiaba de la realidad y la maldecía, me resultaba imposible pensar que aquellas dos chicas simpáticas y extrovertidas con las que había compartido juegos, deberes, gustos, ilusiones y secretos, ya no volverían a entrar más por la puerta de clase, ya no irrumpirían en mi casa a voz en grito para contarme las últimas novedades, ni me las encontraría cantando por el patio o bailando en una discoteca. Un tiempo después, cuando la ausencia de Carmen y Kika se hizo patente y la falta de su compañía me ensombrecía tanto como a ellas la losa de sus tumbas les negaba la luz, se fue apoderando de mí una especie de desasosiego triste que comenzaba por la mañana, al despertarme, y me perseguía hasta la noche. Al desasosiego no tardaron en unírsele la desilusión y la desgana; me costaba concentrarme en los estudios, tenía la mente abstraída y una neblina turbia me ofuscaba continuamente las ideas. Estaba ansiosa e insatisfecha, no me complacía nada, todo me molestaba, pasaba las noches en vela y los días adormi-

lada. El final de curso me cogió abatida, sumida en una mezcla de depresión, de apatía y, por más que me animaron, fui incapaz de presentarme a los exámenes. Todos estaban preocupados por mí, intentaban convencerme de que debía superar aquello y se empeñaban en darme argumentos para ayudarme a asumir la situación: «Es lógico que te sientas mal, ha sido un drama que nos ha conmocionado a todos, pero no puedes dejar que un desafortunado accidente afecte a tus estudios y a tu forma de ser». «Se veía venir, con la vida que llevaban tus amigas tenían muchos boletos para acabar como acabaron». «Luisa, intenta olvidar, son cosas que desgraciadamente pasan, ten paciencia, el tiempo lo cura todo» me decían.

Estas palabras no me sirvieron de nada, yo no soportaba dar tiempo al tiempo porque tener paciencia era resignarme a los hechos y revivirlos en la mente hasta la extenuación. Intentaba olvidar, pero no podía, quería curarme pronto como habían hecho los demás compañeros y compañeras, pero me resultaba imposible.

En verano me convertí en noctámbula y asidua a las discotecas. Dejé a Enrique, con quien llevaba saliendo un año, abandoné las amistades que había mantenido desde la infancia y busqué amargada nuevas compañías. Caí en el desenfreno

y en el descontrol total. Fueron unos días delirantes que, en lugar de distraerme, me acercaron más a la imagen de las dos amigas perdidas. Estuve a punto de volverme paranoica.

En septiembre, de nuevo, no me presenté a los exámenes, y al empezar las clases fui incapaz de enfrentarme a las mismas asignaturas y a los mismos profesores. No soportaba que la mayoría de mis compañeros del año anterior me llevaran un curso de ventaja y me parecía que hasta las paredes del instituto se burlaban de mí. Tampoco me ayudaron a superarlo los comentarios y las preguntas de amigos y familiares: «Pero Luisa, ¿cómo es posible que estés repitiendo?». «¿No has pasado de curso?». «Una chica tan fuerte como tú, parece mentira que te dejes anular por una desgracia». Casi no salía de casa y cada vez iba menos a clase. Pasaba los días encerrada en mi cuarto escuchando música, leyendo o anotando las ideas que me venían a la cabeza.

Fue entonces cuando retomé mi diario. Llevaba escribiéndolo sin interrupción desde los diez años, pero después del accidente no tuve valor ni para abrirlo, aquellas páginas estaban llenas de unos personajes que ya no existían. Al releerlo no me gustó lo que contaba ni cómo lo contaba. ¡Qué simple y qué insulsa me parecí! Vaya epo-

peya personal había construido yo con mi vulgar cotidianidad. Mi pasado me parecía ahora vacío, superficial. Me mostré implacable con todos y cada uno de los ingenuos sucesos que relataba, los ridiculicé y me reí con sarcasmo. Me dediqué a llenar las hojas de anotaciones, tachones y críticas negativas. De repente me sentía ajena a mi propia biografía, como si no me perteneciera, aquello era un cuento de hadas comparado con la trágica historia que protagonizaba ahora.

Por eso, tras constatar cuánto había cambiado, acabé tomando la decisión de cambiar radicalmente de forma de vida. Para empezar dejé definitivamente el diario y me puse a escribir sobre los sentimientos y las ideas que me oprimían: el destino era caprichoso, tan pronto nos ofrecía regalos a manos llenas como nos quitaba hasta el aliento; el presente era débil y frágil, en un instante podía estrellarse contra cualquier obstáculo, como les sucedió a mis amigas; confiar en el futuro era absurdo, ¿acaso alguien puede asegurar que mañana continuará lo que ha iniciado hoy?; ¿qué certeza tiene nadie de no dar un paso en falso en un momento u otro y acabar en la tumba?; podía haber sido yo la que iba en la moto en lugar de Carmen. Después, durante las vacaciones de Navidad, hablé con mis padres y les dije que quería

dejar los estudios y empezar a trabajar. No tenía ganas de prepararme para un futuro que consideraba incierto, sólo me interesaba el presente, lo demás no tenía ninguna importancia y me daba igual que todos comentaran con decepción lo de «lástima de chica, con lo que prometía».

La última semana de enero se presentó en casa Melina, una amiga de mi madre. Había oído hablar de ella, era escritora, y había leído alguna de sus novelas. La visita intentaba ser casual, aunque como supuse, y más adelante me confirmaron, la había preparado mi familia. Durante los dos días que estuvo con nosotros, se mostró muy interesada en lo que yo escribía, le habían hablado de mi afición y me pidió que le dejara algún cuento mío. «No llegan a ser cuentos, son sólo borradores, guiones, alguna anécdota, reflexiones, pensamientos», dije. Pero insistió y le dejé unos cuantos folios, los menos íntimos y los más alejados de cualquier autocrítica o reflexión personal. A los pocos días de irse me llamó por teléfono, le gustaba lo que había leído y me invitaba a pasar unos días en su casa, en un pueblecito de la montaña donde se había retirado hacía años huyendo, también, de penas. «Quizá pasar una temporada con Melina en la sierra te vaya bien, te despeje, te ayude a centrarte, a ver la vida con menos drama-



tismo y a decidir si de verdad quieres abandonar los estudios, yo de ti aceptaría», me animó mi madre. Y acepté.

No puedo decir que tuviera problemas para adaptarme a las costumbres rurales, pero sí debo reconocer que los primeros días estuvieron plagados de sentimientos contradictorios. Por un lado estaba el pueblecito y la casa de mi anfitriona, por otro el campo y la montaña; por una parte estaba el día, por otra la noche. Melina vive a las afueras de un pueblo pequeño, de calles empedradas, estrechas y empinadas, en el que los tiestos de geranios adornan los balcones soleados y la gente es agradable y hospitalaria. Su casa es una de esas masías antiguas acondicionadas por «los urbanos», como ella dice, a los vicios y a los hábitos domésticos modernos: porche acristalado, salón, comedor, estudio, baño con agua caliente, cocina de gas, horno eléctrico, lavavajillas, teléfono, calefacción central, no tiene nada que envidiar al piso mejor equipado de la ciudad. Pero la tierra, las sierras, los campos que la rodean son agrestes, abruptos, indómitos, no se han sometido al paso de la civilización y su aspecto me resultó provocador, casi agresivo. Los días de aquel mes de febrero eran

claros, de seca frialdad, y la luz dorada dibujaba en el cristal de las ventanas del salón un paisaje mágico; sin embargo, a partir del atardecer, la larga oscuridad invernal, el viento helado, la ausencia total de ruidos humanos, constreñían los sentidos aguijoneándolos con una soledad fantasmal. Reconozco que durante unas cuantas noches sentí miedo, temía que alguna alma en pena saliera de debajo de una roca, saltara ribazos, corriera por los campos, traspasara las paredes de la casa, llegara a mi cama, me envolviera en las sábanas y me secuestrara para llevarme con mis amigas muertas. Hasta que las montañas y los campos me convencieron de que su rudeza y tosqueidad no escondían espectros aterradores, sino que en realidad abrazaban la casa de Melina como la cuna al recién nacido; las viejas paredes me mostraron que lo único que desprendían era el calor acumulado por mil fuegos remotos encendidos en la chimenea, el aire me brindó las fragancias que acariciaban día y noche puertas y ventanas como mensajeras directas del clima y la naturaleza. De esta manera descubrí que la casa de la escritora guardaba la fórmula ideal para proporcionar el equilibrio perfecto tanto del cuerpo como del espíritu; empecé a sentir una tranquilidad balsámica, libre de toda tensión y me puse a escribir

un cuento buscando fragmentos placenteros de mi biografía.

Hasta el día en que Melina me anunció la llegada de un vecino. Me puse en guardia de nuevo, me asaltó el presentimiento de que se acercaba un intruso y se despertó en mí aquella inseguridad que había permanecido dormida durante las últimas semanas; temía que la presencia de un desconocido alterara la calma y el equilibrio que tanto me estaba costando encontrar. Ahora puedo asegurar que no me equivocaba.

Para serenarme, intenté convencerme de que ni me iba ni me venía que en la casa de al lado, otra parte de la masía reformada también, se instalara un amigo de unos amigos de Melina. Sin embargo, a pesar de que las referencias presentaban al forastero como un personaje que también venía buscando tranquilidad, la desgana de verme obligada a iniciar una amistad, aunque fuera por cortesía, empezó a corroerme el cerebro y acabó instalándose en el estómago en forma de miedo agrio. Tener que presentarme, asesorar a alguien sobre las incidencias habituales del entorno, compartir el espacio exterior con un extraño, dar explicaciones sobre mí y sobre lo que hacía, me resultaba de lo más incómodo. Quizá el tiempo que llevaba en la montaña, un mes entero sin recibir más que una